
CAPÍTULO I

JÓVENES UNIVERSITARIOS Y MERCADO LABORAL EN LA GLOBALIZACIÓN

Citlalli Hernández Oliva¹

INTRODUCCIÓN

Derivado del Seminario Interinstitucional de Educación Media Superior y Superior cuya temática central en los últimos dos años fue sobre los jóvenes y estudiantes, este primer capítulo retoma una de las temáticas cruciales que discutieron y analizaron sus miembros: los jóvenes universitarios y el empleo en el marco de un mundo en crisis y cada vez más globalizado. Este artículo intenta contextualizar la problemática de los jóvenes y estudiantes cuando egresan de las universidades e instituciones de educación superior y se enfrentan al mercado de trabajo. Con base en fuentes de información estadística laboral, nacionales e internacionales, se realizó una investigación documental que expone las dificultades que plantean la globalización neoliberal y las reformas estructurales al mercado de

¹ Economista. Profesora-investigadora de tiempo completo de la Universidad Pedagógica Nacional, Área de Política Educativa, Procesos Institucionales y Gestión. Integrante del Seminario Interinstitucional de Educación Media Superior y Superior. Correo electrónico: *citlaho@hotmail.com*

trabajo profesional y sus efectos en los jóvenes universitarios, tanto de México como del mundo.

Partimos de la premisa de que el creciente desempleo y la expansión de la precarización laboral que encara la juventud de este milenio, son resultado de la crisis económica y la universalización de las políticas neoliberales de austeridad. El sociólogo francés Pierre Bourdieu nos dice que el fundamento último de este nuevo orden económico que establece la globalización neoliberal, es el de la violencia estructural del desempleo y la precariedad laboral (1998). En efecto, la globalización neoliberal es una fase en que el capitalismo se reorganiza con métodos y técnicas que flexibilizan la producción y el trabajo como estrategia ahorrativa de costos para intentar remontar la crisis. Al final, las que pagan la factura de esta modernización de los mercados de trabajo y la producción son principalmente las nuevas generaciones que buscan empleo y encuentran precariedad en las nuevas formas de contratación y permanencia, así como inseguridad e inestabilidad laborales. O peor aún, la desolación de no encontrar trabajo.

La crisis mundial del empleo juvenil está empeorando. Según datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en 2013 había en el mundo 73 millones de jóvenes sin empleo. Pero además del desempleo, el trabajo informal entre los jóvenes se está extendiendo, sin que haya perspectivas de mejora en escala mundial (OIT, 2013). Antes del reordenamiento neoliberal, el problema del desempleo y subempleo afectaba mayoritariamente a los jóvenes con bajos niveles de escolarización o sin calificación laboral y se limitaba a los países atrasados, hoy la situación ha cambiado.

Como parte de esta reorganización del capitalismo mundial, México se inserta en la globalización con un modelo de desarrollo sustentado en la maquila de exportación, ofreciendo jóvenes a granel a las empresas industriales y de servicios que emigran de países con altos costos salariales en esta nueva dinámica de reubicación o relocalización en zonas de mano de obra barata, con o sin estudios, pero que recibe bajos salarios.

Un hallazgo de esta investigación documental es que en la llamada era de la información, jóvenes con más niveles de escolarización son los que más dificultades tienen para insertarse en el mercado de trabajo en todas las regiones del mundo. Incluso teniendo más educación y estando mejor preparadas que sus padres y abuelos, la escasez y precariedad laborales es lo que les espera a las nuevas generaciones del siglo XXI.

Asimismo, los profundos cambios en la educación que emanan de las reformas estructurales para consolidar al modelo neoliberal, inducen en los jóvenes la creencia de que el cometido principal de la educación es prepararlos para el empleo, que su formación debe capacitarlos para ser “empleables” y emprendedores, flexibles y funcionales según las necesidades del empleador. Formar técnicos y profesionistas para el mercado de trabajo se ha convertido en la nueva “misión” de las políticas educativas, sin reconocer que el actual modelo de desarrollo es cada vez menos eficiente para absorber la oferta de universitarios y profesionistas y menos capaz de cumplir las aspiraciones de miles de jóvenes que apuestan a una educación superior y a un trabajo digno y bien remunerado.

Para entender estas transformaciones, el capítulo se divide en dos apartados; en el primero se parte de la caracterización de la globalización y sus impactos en el mundo del trabajo y cómo afecta a los jóvenes de este milenio en ciernes. En el segundo, observamos cómo los jóvenes mexicanos con estudios superiores se debaten entre la crisis y las reformas estructurales de los gobiernos neoliberales, que imponen la modalidad maquiladora y la flexibilización laboral como mecanismos de inserción en la economía global, dando como resultado más desempleo, subvaloración de la formación profesional, segmentación del mercado de trabajo y precarización laboral. Terminamos con unas breves reflexiones sobre la necesidad de rediseñar un modelo de desarrollo que tome en cuenta a la población joven y capacitada.

EMPLEO Y JÓVENES “FLEXIBLES” EN UN MUNDO GLOBALIZADO

*Las vidas devastadas de esos jóvenes (y no tan jóvenes)
no despiertan los escrúpulos de los demás. Son ellos quienes
sienten escrúpulos, haber sido humillados.*

Viviane Forrester. *El horror económico*

En la llamada globalización neoliberal,² el capitalismo se está reestructurando sobre una nueva base de funcionamiento que le permite flexibilizar la producción y el trabajo de manera permanente y en escala planetaria a fin de enfrentar la caída de la tasa de ganancia. Esta estrategia fue diseñada para enfrentar la crisis económica por la que atraviesa el capitalismo desde hace cuatro décadas mediante esquemas tecnológicos y organizacionales que incrementan la productividad del trabajo y merman las condiciones laborales (Guillén, 2007b; Gutiérrez, 2006; Casáis, 2013; Olave, 2013). De tal manera que la crisis del modelo de acumulación fordista permitió el tránsito de la producción en serie a la producción flexible, adaptándose la economía a los cambios constantes de la rotación del capital mediante las nuevas tecnologías y “con la utilización de formas ‘salvajes’ de explotación de los trabajadores” (Guillén, 2007a, p. 20). Lo cual significa que “la llamada ‘estrategia neoliberal’ es, en definitiva, el modelo bajo el que los capitales internacionales se organizaron para tratar de revertir una situación que no estaba favoreciendo sus intereses” (Casáis, 2013, p. 168).³

Esta reorganización basada en la flexibilización de los procesos productivos y de trabajo es un fenómeno de alcance planetario, pues las empresas transnacionales reorganizan sus procesos productivos

² Para mayor información sobre la globalización neoliberal así como su origen histórico, véase a Hernández, C. (2011).

³ Casáis también nos dice que “Así se articularon tres factores que permitieron al capital internacional mejorar sus tasas de ganancia: 1) la flexibilización laboral; 2) la liberalización comercial y aduanera (globalización comercial), y 3) la desregulación financiera (globalización financiera)” (2013, p. 168).

mediante la descentralización y reubicación de fases completas de sus procesos de producción en países de salarios bajos para aprovechar los recursos naturales y la mano de obra barata y joven, así como también las nuevas tecnologías ahorradoras de mano de obra, a fin de mejorar sus condiciones de rentabilidad.⁴ Todo esto, junto con el desarrollo de nuevas técnicas de organización y gestión del trabajo para su flexibilización, apoyadas en las políticas de reforma laboral, constituyen uno de los principales medios con que cuentan los capitalistas para incrementar sus ganancias.⁵

Así pues, son dos las condiciones para la conformación de la globalización neoliberal: el despliegue de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación que facilitaron y ampliaron la movilidad del capital y la comunicación de las corporaciones transnacionales; y las políticas y reformas neoliberales, que abrieron las economías nacionales y la fuerza de trabajo a los grandes capitales, con lo cual se instaura un modelo acaparador de la riqueza mundial (Hernández, 2011).

Por consecuencia, la mano de obra tiene que ajustarse de manera permanente a estas nuevas y aceleradas mutaciones tecnológicas y económicas del capitalismo moderno. Es decir, surge un nuevo tipo de trabajador al que se le llama “trabajador flexible”. La flexibilización laboral es un eufemismo de mayor explotación y desempleo, pues busca deteriorar las condiciones de trabajo (Casáis, 2013) y se expresa principalmente por nuevas formas de la fuerza de trabajo y mecanismos como: trabajo de tiempo parcial; trabajo eventual; el *outsourcing* o subcontratación, que es una forma de organización del trabajo que delega en terceras empresas procesos productivos

⁴ Para efectos de este trabajo, llamaremos indistintamente a los países subdesarrollados, periféricos, atrasados, pobres o de salarios bajos. En contraposición, los países desarrollados son los centrales, avanzados, ricos o de salarios elevados.

⁵ Castells (2008) señala que para enfrentar la crisis y aumentar los beneficios existen cuatro vías, todas ellas en estrecha relación con las nuevas tecnologías de la información: reducir los costos de producción, aumentar la productividad, ampliar el mercado y acelerar la rotación del capital.

para evadir compromisos laborales; una mayor rotación de puestos y tareas (con lo que se facilita el despido); movilidad funcional (multifuncionalidad), geográfica y horaria; los contratos de primer empleo; el incremento del trabajo asalariado a destajo y el familiar sin pago; aumento de la jornada laboral y de la población ocupada sin prestaciones, así como la disminución salarial (Hernández, 2012; Garavito, 2007). El trabajador “flexible” por tanto es eventual, polivalente, funcional, contingente, maleable, desprotegido, sin prestaciones, malbaratado, en fin, desechable.

En razón de lo anterior, a partir de la década de los setenta del siglo XX en que irrumpe la crisis estructural del capitalismo (Saxe-Fernández, 2001), se implanta el modelo neoliberal por medio de las reformas estructurales, tales como la apertura y desregulación de los procesos productivos y financieros, la flexibilización de los mercados de trabajo, así como la privatización de los activos y funciones públicas, para dar cabida al apuntalamiento y fortalecimiento de las empresas globales. De tal suerte que las prácticas de desregulación y flexibilización de los mercados laborales también se globalizan. La flexibilización y el deterioro de las condiciones laborales y de vida de los trabajadores que esta reestructuración conlleva, es una novedosa escalada del capital para reducir los costos de la mano de obra en contextos de estancamiento y competencia mundiales. Su finalidad es la construcción de una economía global de mano de obra barata. ¿Qué significa esto?

Significa que en esta etapa de economías abiertas y sin fronteras, las nuevas modalidades que adoptan los procesos de producción se sustentan en la intensificación del trabajo, tanto por la mayor tecnificación de los procesos como por la extensión de las jornadas laborales, a fin de aumentar la productividad de la mano de obra y de abatir costos. Y esto en el nivel mundial. Como resultado, se gestan múltiples formas de flexibilización y explotación del trabajo que conducen inevitablemente al deterioro de las condiciones de vida y al empobrecimiento de la población. Para Pierre Bourdieu, la precariedad y el desempleo que impone la mundialización, es una

“violencia estructural” para asegurar a los mercados este nuevo orden económico de permanente inseguridad y debilitamiento de los trabajadores: “De este modo –nos dice– se instaura el reino absoluto de la flexibilidad, con la extensión de los contratos temporales o los interinatos”, así como muchas otras técnicas de dominación racional (1998, s/p).

El derecho a despedir y bajar salarios

Hasta aquí hemos reflexionado sobre cómo la globalización en tanto proceso económico y tecnológico determina la flexibilización de los mercados de trabajo como medida idónea para enfrentar la competencia intermonopólica mediante la reducción de los costos laborales. En el plano político y pragmático, esto se traduce en el derecho de los empleadores a despedir y precarizar las condiciones laborales y así aumentar sus ganancias. Esto ha sido organizado desde los Estados mediante la instrumentación de políticas y reformas laborales emprendidas en el mundo entero, encargadas de diseñar una estructura ocupacional y salarial flexible y estratificada. El desmantelamiento del Estado de bienestar y del Estado desarrollista (del modelo fordista-taylorista-keynesiano), y la erección de un Estado neoliberal sustentado en políticas públicas de apertura al mercado, fueron el preámbulo para pavimentar el camino que garantizara al empresario hacer un uso discrecional y libre de la fuerza de trabajo.

Es importante destacar que los enormes diferenciales salariales entre países ricos y pobres motivan los procesos de relocalización industrial y de servicios, esto es, la movilidad del capital buscando mejores condiciones de rentabilidad, por lo que los mercados de trabajo mundiales también compiten entre sí. De modo que las normas de trabajo se flexibilizan y los derechos contractuales se debilitan a fin de atraer a los inversionistas externos.

Estos importantes diferenciales salariales tienen que ver con el lugar que ocupan los países en la actual división internacional del

trabajo que impone la globalización. Así, tenemos que en los países centrales se concentran los sectores más avanzados de la producción y los servicios, asentados en la tecnología más avanzada y con los trabajos más calificados y de mayor potencialidad intelectual. En tanto en los países periféricos como los de América Latina y el Caribe, su papel en la globalización es ofrecer procesos productivos intensivos en mano de obra barata, lo que los ha especializado en las ramas manufactureras de maquila y ensamble que demandan trabajos poco calificados y de baja remuneración (Gutiérrez, 2006; Morales, 2013; Hernández, 2012; Casáis, 2013; Olave, 2013; Garavito, 2006; Castells, 2008).

De aquí que los países centrales o desarrollados trasladan hacia los países periféricos o subdesarrollados, donde la fuerza de trabajo es más abundante, joven y barata, las filiales y subsidiarias especializadas en manufactura y ensamble de sus procesos de producción y de servicios, fases que son intensivas en mano de obra poco calificada. Mientras tanto, dejan en sus territorios las fases de la información y el conocimiento que demandan más formación y calificación de la mano de obra (Gutiérrez, 2006). Se cierran empresas en Europa occidental, Canadá y Estados Unidos, así como Japón, y se despide gente, para reabrir plantas que no requieren altos niveles de tecnología, en zonas de maquila y procesadoras para la exportación donde abunda la población desprotegida y desorganizada, es decir, flexible y pronta para su utilización.

De esta manera, la actual división internacional del trabajo entre los países y la nueva dinámica para flexibilizar las relaciones laborales, están conduciendo a la globalización de la sobreexplotación del trabajo en general, y a la desvalorización y precarización de la fuerza de trabajo altamente calificada, en particular, sobre todo en los países con esquemas productivos especializados en el ensamble y la maquila de exportación. Las formaciones profesionales de la periferia dejan de ser atractivas para las empresas globales que sustentan su competitividad en las ventajas comparativas de bajos costos salariales que ofrecen las economías atrasadas. Y

para lograr ser más atractivas a los capitales internacionales, estas mismas economías compiten entre sí con el expediente de las reformas laborales que garantizan y dan certeza jurídica de mayor flexibilidad de la fuerza de trabajo. Esto es, se les ofrece la patente de corso para intensificar la explotación de los trabajadores, y nada menos que por recomendación de los organismos financieros internacionales como el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

La globalización no sólo funciona por la actividad de las grandes empresas sino también por la gestión política de los Estados y de las instituciones financieras internacionales y organismos multilaterales que operan como prolongación o tentáculos de los países industrializados. Así tenemos que el Banco Mundial, en tanto agente activo de la globalización que representa los intereses de los capitales globales, recomienda a todas las regiones que emprenden reformas profundas, una mayor flexibilidad del mercado de trabajo. Por su parte, el FMI encarga a los gobiernos europeos “una reforma de fondo de los mercados laborales. La flexibilización de éstos pasa por la reestructuración del seguro al desempleo, el salario mínimo legal y las disposiciones que protegen el trabajo” (Forrester, 1997, p. 101).

Por consecuencia, en América Latina se adoptan los procesos de flexibilidad laboral como parte de sus reformas estructurales condicionadas a los recursos que ofrece el Banco Mundial. Las políticas de flexibilización del mercado de trabajo arrancan en Chile en 1978 con la implantación de una profunda reforma laboral. Se amplían en las décadas siguientes a la mayoría de los países de la región para atender las exigencias del BM y del FMI que califican de “rígidos” sus mercados laborales. Aunque sólo Argentina y Chile aplicaron cambios en sus legislaciones laborales y recientemente México (Chile ya dio marcha atrás y se están recuperando los derechos del trabajador), la mayoría de los países de la región cuenta ya con mercados de trabajo altamente flexibles sin haber modificado sus legislaciones laborales.

Esto significa que la supresión de los derechos laborales se ha dado fuera del marco legal, con la introducción de prácticas informales e ilegales y el establecimiento de modalidades de contratación de trabajo precarias o atípicas, tales como la contratación por tiempo determinado, las de formación y aprendizaje, así como el periodo de prueba, la flexibilidad de horario y el despido injustificado (Ibarra, 2006, p. 61). Es el caso de México, en donde subsiste la flexibilidad salarial de facto desde 1977, año en que se imponen los “topes salariales”, que han conducido al país a tener una de las manos de obra más baratas del mundo.

Sin embargo, muchas reformas laborales emprendidas en el mundo entero han sido consideradas insuficientes por los empresarios, por lo que exigen medidas más allá de la ley que se traduzcan en un mayor abaratamiento del empleo. Ofrecer empleos con salarios inferiores a los mínimos legales y las contrataciones al margen de los contratos colectivos, los programas del primer empleo y las contrataciones temporales y subcontrataciones, es una estrategia que está llevando a la destrucción del empleo y de las vidas de millones de seres humanos. Pero fundamentalmente del sector más joven y preparado de la población.

De aquí resulta que la subutilización de los jóvenes universitarios en el mercado profesional, los menores salarios que perciben, la falta de seguridad social y su precarización laboral, así como su mayor exclusión del mundo del trabajo, es un fenómeno que la globalización brinda al mundo pero que se agudiza en la periferia del planeta donde los procesos productivos requieren trabajos de menor calificación. En el mundo globalizado, el valor de la formación profesional y educativa depende del nivel de desarrollo económico de las sociedades. Por lo que nuestros jóvenes con educación superior tienen cada vez menos posibilidades de insertarse exitosamente en el mercado de trabajo.

El mercado profesional se flexibiliza

Aunque la nueva dinámica para flexibilizar las relaciones laborales está conduciendo a la desvalorización y precarización de la fuerza de trabajo con formaciones profesionales, con la globalización neoliberal se dan dos tendencias estructurales aparentemente contrapuestas (Dieterich, 2004, p. 107). Pues si bien, por un lado se da la tendencia a un mayor despido de fuerza de trabajo de los sectores productivos como resultado de los avances de la tecnología, que está llevando al desempleo y subempleo a un creciente número de trabajadores aun con formación profesional y en edades productivas, por el otro se exige una cada vez mayor calificación científica y profesional del factor humano como mecanismo de competencia de cara a la globalización.

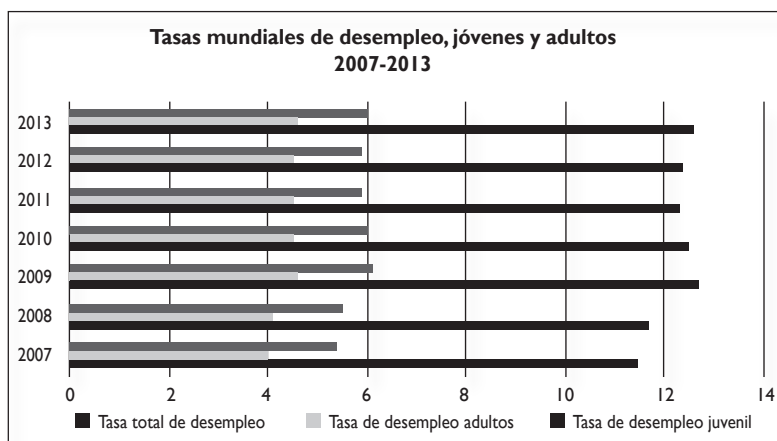
Este fenómeno es resultado de la división internacional del trabajo en la nueva economía informacional, ya que establece que el trabajo educado y con mayor calificación es para los países desarrollados. Mientras que los países de la periferia o subdesarrollados deberán competir con ocupaciones de baja calificación. Sin embargo, también en las economías centrales o avanzadas los procesos de flexibilización productiva y laboral están lanzando a la calle a los jóvenes con formaciones profesionales.

El mayor logro educativo de las actuales generaciones no está dando mejores resultados en la búsqueda de un empleo digno o de larga duración. Según datos de la OCDE, “desde el año 2000, las tasas de logro en educación terciaria han aumentado tanto en los países pertenecientes a la OCDE como en los países del G20 que no pertenecen a la OCDE”. En la mayoría de estos últimos, “los adultos jóvenes (de 25 a 34 años) han alcanzado unos niveles más altos de educación que los adultos mayores (de 55 a 64 años)”. Como media, 82% de los adultos jóvenes tienen al menos la educación secundaria superior comparado con 64% de los adultos mayores. En cuanto a educación superior, los adultos jóvenes registraron una

tasa aproximadamente de 15 puntos porcentuales por arriba que los adultos de más edad (OCDE, 2013, pp. 31-32).

Sin embargo, estudiar hasta 20 años ya no se traduce en un mejor nivel de vida ni es garantía de éxito profesional y reconocimiento social. Desde la década de los noventa hasta hoy, el desempleo y el deterioro del empleo juvenil es la factura que la generación actual de jóvenes paga por serlo en épocas de fuertes tendencias a la globalización de los mercados y la competencia despiadada. La Organización Internacional del Trabajo dice que no es fácil ser joven frente a las actuales tendencias del mercado laboral, ante el cual toda una generación de jóvenes corre peligro. Un informe de este organismo sobre las tendencias mundiales del empleo juvenil (OIT, 2013), muestra que las tasas de desempleo mundial para 2013 fueron de 4.6% para los adultos mayores de 25 años, y de 12.6% para los jóvenes entre 15 y 24 años. Lo cual indica que en el nivel mundial hay alrededor de tres jóvenes desocupados por cada adulto sin empleo. Además, 73.4 millones de jóvenes de 15 a 29 años estaban desempleados en 2013, lo que significó un aumento de tres y medio millones más desde 2007 (véase figura 1).

Figura 1



Fuente: OIT, 2013, cuadros A1 y A2.

También se prevé que aumenten las diferencias de una región a otra, así como las brechas en el nivel de género, sobre todo en las economías atrasadas. En los países de la OCDE, “a pesar de que ahora hay una mayor proporción de mujeres que de hombres con educación terciaria, las tasas de empleo y los salarios de las mujeres son más bajos que la de los hombres con educación terciaria” (OCDE, 2013, p. 27). En América Latina y el Caribe se calculó que la tasa de desempleo juvenil de las mujeres llegaría para 2014 a casi 17% y la de hombres a 11% (más de 5 puntos porcentuales de diferencia).

La crisis y las reformas estructurales para contrarrestarla se manifestaron con diferente magnitud en los mercados laborales juveniles, dependiendo de la región de que se trate. Si en los países atrasados, donde vive 90% de los jóvenes del mundo, estas reformas desembocaron principalmente en la extensión de la informalidad y en la caída de la calidad del empleo, en las economías avanzadas los jóvenes se han tenido que enfrentar al crecimiento vertiginoso del desempleo de larga duración y a una incidencia del trabajo a tiempo parcial. En estos últimos países, el desempleo juvenil aumentó hasta 25% entre 2008 y 2012, registrándose tasas de desempleo juvenil para este último año, del orden de 52% en España y Grecia y más de 36% en Portugal e Italia, aunque en España y Grecia sigue incrementándose el paro de menores de 25 años hasta llegar a tasas de desempleo del 57.4% y 58% respectivamente, para el último trimestre de 2013 (*El País*, 2014; *Expansión*, 2013) lo que ha repercutido en fuertes movilizaciones juveniles contra las políticas de austeridad.

Ahora bien, en las economías desarrolladas las tasas de desempleo son más elevadas que en las economías atrasadas como América Latina y el Caribe. Esto se debe fundamentalmente a los métodos de medición del desempleo en esta última región y a que en los países subdesarrollados se cuenta con las válvulas de escape del subempleo y los trabajos informales. Así, en México, por ejemplo, se considera que una persona tiene empleo si trabajó por lo menos una hora en la semana en que se levantó la encuesta de ocupación, tenga o no remuneración. Por lo que los trabajadores en empresas familiares sin

pago o empleados temporales o eventuales, se consideran “personas ocupadas” y no desempleados.

Ante este fenómeno de tecnologías muy sofisticadas que reemplazan el trabajo humano, algunos estudiosos del tema se preguntan (Rifkin, entre otros) ¿qué hacemos con todos los millones de jóvenes que no necesitamos en este nuevo mercado global de alta tecnología?, ¿para qué estamos preparando toda una generación para el ciberespacio y la economía de la información si no vamos a necesitar a toda esa gente, si no van a tener empleo?, ¿qué hacemos con ellos? “Podemos estar formando a toda una generación para el cinismo y la desesperación –nos dice Rifkin– porque no van a tener empleo” (Rifkin, 2004, p. 43). Este autor nos dice:

Tenemos *software* hoy que hace lo que hacía un contador y abogado promedio hace una década y es más barato. Tenemos *software* hoy que hace lo que hacía un ingeniero promedio hace unos cuantos años, el CAD, que es mucho más barato. Tenemos *software* hoy que hace lo que hacía el médico diagnosticador hace un par de años y más barato (2004, pp. 23-24).

Un contrasentido a lo que pasa con el mercado de trabajo profesional, es que, en el proceso de construcción del mercado total, el conocimiento se ha vuelto un recurso fundamental de producción de riqueza y de crecimiento económico y un elemento central en las ventajas competitivas en los mercados mundiales de las corporaciones transnacionales de los países altamente industrializados. Sin embargo, como nuevo sector productivo, el conocimiento se acompaña de una tecnología y organización cada vez más sofisticadas e inteligentes, pero que descansa sobre una fuerza laboral pequeña, profesional, de élite. Esto es, se están adoptando modelos productivos más intensivos en tecnología a fin de incrementar los niveles de productividad de las grandes empresas pero que dejan sin trabajo a millones de jóvenes y trabajadores de la industria de todo el mundo, y los que permanecen en el mercado laboral lo hacen sin ninguna seguridad en sus empleos y renunciando a sus derechos laborales.

Así, la nueva estructura ocupacional de la era de la globalización neoliberal, se caracteriza cada vez más por una diferenciación fundamental entre trabajadores genéricos prescindibles (potencialmente reemplazables por máquinas o por otros trabajadores genéricos) y los informacionales o “autoprogramables”, que son altamente productivos y tienen acceso a niveles superiores de educación (profesionales, técnicos y ejecutivos) (Castells, vol. III, p. 144). Con esta nueva estratificación salarial y laboral en toda su magnitud, los trabajadores “flexibles” o desechables se ubican en la base de la estructura ocupacional (siendo la gran mayoría), en tanto que los de cuello blanco y de élite están ubicados en la cúspide y son una proporción muy inferior a la anterior.

Las consecuencias de estas transformaciones en la organización de la producción y el trabajo sobre las estructuras sociales y educativas, son diversas. Por un lado, los nuevos esquemas de estratificación laboral y salarial provocan una tendencia a aumentar los niveles de desigualdad y polarización sociales; en tanto que, por el lado educativo, las tendencias apuntan a una menor demanda de profesionales altamente calificados. “En mi país –dice Jeremy Rifkin– tenemos graduados universitarios que tienen todas las habilidades del conocimiento y que ya están trabajando pero están subempleados” (2004, p. 43). En una publicación de la Mobil Corporation, se calculaba que para inicios del siglo XXI, en Estados Unidos, 70% de los puestos de trabajo no requeriría personal con educación superior (Dieterich, 2004, p. 109). Si estos pronósticos son para un país industrializado, ¿qué pasará en nuestros países subdesarrollados y con una alta dependencia tecnológica? ¿No será necesaria la educación superior?

En la siguiente tabla podemos observar cómo la tasa de desempleo de los jóvenes con estudios superiores se ha disparado en diferentes países del mundo en la última década: así, en Reino Unido esta tasa se duplicó de 2000 a 2011, o bien Dinamarca, país nórdico con los más altos índices de ingreso, cuya tasa de desempleo juvenil se disparó casi 15 veces en el mismo periodo:

Tabla I
Tasa de desempleo de los jóvenes con educación superior 2000-2011

País	2000	2011	Incremento
Chipre	5.6	26.4	4.7
Dinamarca	1.0	14.6	14.6
España	26.6	35.0	1.3
Grecia	29.6	48.6	1.6
Hungría	4.8	22.2	4.6
Irlanda	2.7	17.8	6.6
Portugal	6.9	29.0	4.2
Rumania	9.2	29.3	3.2
Reino Unido	5.6	12.0	2.1
Suecia	2.4	12.4	5.2

Fuente: Organización Internacional del Trabajo, 2013, p. 102.

En América Latina, más educación tampoco garantiza mayores posibilidades de obtener un empleo. Aunque los ingresos han aumentado conforme se sube en la escala educativa, esto se debe a la estratificación salarial profesional que va en aumento y que provoca una mayor diferenciación social. La presión a la mayor formación es muy fuerte, sin embargo, los mercados profesionales están cada vez más estratificados y los de mayores ingresos son cada vez menos.

Vemos que el problema del desempleo juvenil afecta cada vez más a los jóvenes aun con estudios superiores, tanto en los países avanzados como en los atrasados, lo que da lugar a un fenómeno inherente al desempleo de larga duración (más de un año de búsqueda de trabajo): la precarización y la caída de los salarios reales de los jóvenes que trabajan. Pues si bien, ante la falta de expectativas de conseguir un empleo acorde con su preparación, los jóvenes universitarios dejan de buscar trabajo o aceptan empleos de tiempo parcial (países desarrollados), también se vuelven menos selectivos ocupando empleos sin prestaciones ni seguridad social,

no relacionados con su formación o para los que cuentan con mayor preparación o deciden emplearse con sueldos por debajo de sus requerimientos y nivel de calificación (países subdesarrollados).⁶

El retraso científico y tecnológico de América Latina debido a causas históricas estructurales, se ha agudizado con las políticas neoliberales que la globalización impuso y que condujeron a esta región por los linderos de la maquila de exportación. Así, la ventaja competitiva de las economías maquiladoras reside en la flexibilización y precarización de su mano de obra, esto es, en ofrecer a las empresas globales que se relocalizan en nuestros territorios, fuerza de trabajo abundante, barata y descalificada o con formaciones intermedias.

Como resultado del proceso de desindustrialización que acompaña al modelo neoliberal en los países de América Latina, el crecimiento del empleo informal ha favorecido de manera sostenida al sector de la maquila y al de servicios (comercio, hoteles y restaurantes, banca, comunicaciones y transportes, servicios sociales, comunitarios y profesionales) donde la productividad y los salarios son más bajos que en la industria. El declive de los sectores formales es mayúsculo en las maquilas y los servicios. En ellos se registra 95% de la creación neta de empleos de la región de los últimos 30 años (Beverly, 2002, p. 125), lo que explica la baja calidad de los empleos y la incapacidad del sector productivo para absorber a los egresados de las instituciones de educación superior de la región en condiciones óptimas.

Así tenemos que si crecen poco los profesionistas o técnicos altamente calificados es debido a la estrechez de la industria: “La extensión de la informalidad –nos dice Claudio Katz– es también consecuencia de las maquilas y la regresión industrial. En el escenario manufacturero regional, la aceleración del cambio tecnológico

⁶ La OIT reconoce que existe “una persistencia del desempleo, proliferación de empleos temporales y un creciente desaliento entre los jóvenes en las economías avanzadas; y empleos de baja calidad, informales y de subsistencia en los países en desarrollo” (OIT, 2013, p. 46).

incrementa la segmentación entre trabajadores especializados y descalificados” (2013, p. 12).

Este desempleo o subocupación de los talentos juveniles da lugar al llamado “desajuste de las competencias entre la oferta y la demanda de mano de obra”, o sobreeducación de los jóvenes en relación con las ocupaciones, según la OIT. En realidad, es un desperdicio formativo o pérdida de capital humano que aparece cuando el nivel de formación es mayor que las necesidades de calificación que exige el mercado de trabajo. La subutilización de la fuerza de trabajo profesional de los jóvenes afecta más a la población de 15 a 29 años que a la de 30 o más años, y entre las mujeres el problema es aún mayor (OIT, 2013).

El caso de México es paradigmático en América Latina y en el mundo, pues su carácter de país maquilador lo ha llevado a apostar por una fuerza de trabajo más precaria y con menos formación profesional para insertarse en la globalización. Entonces, ¿qué está pasando con los jóvenes que egresan de la educación superior en nuestro país?

LOS JÓVENES MEXICANOS FRENTE AL MERCADO DE TRABAJO

*En este contexto que sólo se puede llamar “incalificable”,
su brutalidad y sus actos de violencia son innegables.
¿Y los estragos de los que son víctimas? Destinos anulados,
juventud deteriorada. Porvenir abolido.
Viviane Forrester. El horror económico*

Los jóvenes universitarios mexicanos de la segunda mitad del siglo XX que, armados de rebeldía, protestaban en las calles para exigir justicia social y mejores condiciones de vida, son diferentes a los de la modernidad, que no tienen más remedio que rogar para poder ser incluidos en el sistema de explotación. Peor que la explotación son el desempleo y la exclusión.

Los jóvenes en México que hoy tienen entre 14 y 29 años –alrededor de 32 millones– emergen de un contexto de crisis económica y de reformas estructurales que los lleva a constituirse en sujetos de la historia del neoliberalismo. La juventud contemporánea de nuestro país se debate entre el desánimo, la angustia y el horror que el modelo neoliberal en el que nacieron y crecieron les obsequia en forma de desempleo, precariedad laboral e incertidumbre frente al futuro. Los que más estudian no son los que tienen garantizada una plaza laboral y, si la obtienen, no son los que más incrementan sus ingresos.

Con más de 30 años, el modelo económico neoliberal ha dado lugar a una “generación perdida” de hombres y mujeres que, a pesar de su juventud, tienen escasas oportunidades de empleo o de estudiar una carrera universitaria. Los que accedieron a estudios superiores se enfrentan a un mercado de trabajo cada vez más competido, insuficiente y de baja calidad, situación derivada de los programas de ajuste y las llamadas reformas estructurales de corte neoliberal que impusieron los “topes salariales”, la flexibilización de los mercados de trabajo y el desmantelamiento de cientos de empresas y organismos públicos generadores de empleos profesionales y calificados para impulsar las actividades de maquila y ensamble; hasta 1980, “más del 60% de las personas de la categoría ‘profesionista o técnico’ estaban empleados en el sector público”, según Smith, (1997, p. 91). Las políticas neoliberales para desmantelar el sector público han llevado a la desincorporación de cerca de mil entidades del sector estatal entre 1982 y 2014, mediante los procesos de venta, fusiones, liquidaciones o extinciones.

Este paradigma maquilador incrementa la “competitividad” de la economía con el esquema perverso de los bajísimos salarios que ofrece el país a las empresas extranjeras que se relocalizan en México. El resultado inminente es la caída pronunciada del poder adquisitivo de los trabajadores, la expansión del desempleo y subempleo, la precarización laboral y el deterioro del mercado de trabajo profesional. Según Antonio Pardo, secretario ejecutivo de

la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), México es el único país donde el salario mínimo tiene un rango inferior al umbral de la pobreza de toda la región latinoamericana, lo que incrementa el riesgo de violencia, aclarando que “no es la pobreza lo que provoca violencia, es el sentimiento de injusticia y desigualdad reflejándose no sólo en la violencia organizada, de pandillas o el narcotráfico, sino en el tejido social” (*La Jornada*, 5 de agosto, 2014).

También el Banco Mundial ofrece datos de la precariedad salarial en México, donde el salario mínimo anual llega a ser de 1 332 dólares estadounidenses, en tanto que en Perú es de 2 mil; en Brasil, de 3 mil; en Venezuela, de 3 505; y en Argentina, de 4 824 dólares al año. También resultamos más baratos que los trabajadores de la República Popular de China, pues en este país el salario anual en dólares estadounidenses es de 1 728 dólares. El pago por hora en México apenas es de 0.6 dólares la hora; en Filipinas se paga la hora a 1.41 dólares; en Argentina, 8.68; en E. U., 23.3; en Dinamarca, 34.8, según datos del Informe Mundial sobre Salarios del Banco Mundial 2012/2013. La oleada de precarización del empleo de los últimos 35 años condujo a una caída de 77% del poder adquisitivo de los salarios mínimos por lo que en 2014 sólo se podía comprar 23% de lo que se adquiriría en los años setenta del siglo pasado (*La Jornada*, 5 de agosto, 2014).⁷

No obstante, las declaraciones de alarma desde las más altas esferas de la política, las reformas estructurales van “viento en popa” y siguen aplicándose con más rigor que nunca. Al grado que uno de los ex presidentes más entusiastas y venerador a ultranza del “libre mercado”, el privatizador Ernesto Zedillo, declaró que “ni en mis más salvajes sueños esperé ver los cambios constitucionales alcanzados” por el actual gobierno de Enrique Peña Nieto, refiriéndose

⁷ Declaraciones vertidas en el “Foro internacional: salarios mínimos, empleo, desigualdad y crecimiento económico”, celebrado en la Ciudad de México el 4 de agosto de 2014.

con entusiasmo a la aprobación de las reformas, particularmente la laboral y energética (Zedillo, 2014).⁸

Las reformas estructurales retiraron al Estado de su compromiso constitucional de garantizar bienestar social a su población y el derecho a un trabajo digno y socialmente útil. Los organismos internacionales han instruido a los países para emprender estas reformas. Un ejemplo es el Informe del Banco Mundial de 1996, en el cual se apremia a los gobiernos a deslindarse de su obligación de garantizar empleo y bienestar social a toda su población, diciendo que en su lugar “deben fomentar una mayor responsabilidad personal en lo que se respecta a la obtención de ingresos y el bienestar” (p. 133). En su lugar, los gobiernos neoliberales fomentan en la juventud la idea de que tener empleo o educación es un problema individual, por lo que la apuesta ahora es convertir a México en “tierra de emprendedores”, haciendo responsables a los jóvenes para que sean ellos los que resuelvan su situación laboral. La changarrización, el Programa del Primer Empleo, la política de empleos temporales, la de Empléate a Ti Mismo o la encargada de promover la cultura empresarial en los jóvenes a través de proyectos como el Programa Nacional de Emprendedores, es la respuesta del gobierno mexicano ante la ausencia de una política de empleo que garantice el millón y medio de trabajos que se requieren cada año y la estrategia política para precarizar al país.

El modelo neoliberal desplaza empleos profesionales

Con la integración de México a la globalización como país maquilador en la década de los ochenta y con el posterior amarre de este

⁸ Declaración hecha el 6 de mayo de 2014 por el ex presidente Ernesto Zedillo Ponce de León (1994-2000), ahora integrante del Consejo Directivo de Citigroup (corporación dueña de Banamex) en un foro sobre los 20 años del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, celebrado en la ciudad de Nueva York.

modelo tras la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994, se abandona la senda del desarrollo industrial para someternos a procesos de maquila y los servicios, desplazando empleos profesionales y fomentándose el empleo informal y de escasa calificación. De tal suerte que la precarización de las condiciones de trabajo ha ido en aumento y la vida laboral para los jóvenes profesionistas que año con año egresan de las universidades y otras instituciones de educación superior, es cada vez más incierta e inestable. La reforma laboral consolida esta embestida neoliberal contra la estabilidad en el empleo y los derechos de los trabajadores convirtiendo la flexibilidad laboral en un objetivo “fetiche” de los empresarios y en la apuesta de los gobiernos neoliberales para aumentar nuestra competitividad en el mundo globalizado.

La especialización en la maquila de exportación se demuestra en el peso creciente que tiene este rubro en la economía. Del total de las exportaciones de mercancías, la maquila realiza 50% para 2010, cuando en 1988 exportaba 33% del total. Además, ha jugado un importante papel en la generación de empleos no calificados, tanto en la misma industria de maquila como indirectamente en el sector servicios, donde menos de 5% es empleo formal. La expansión del empleo de maquila tuvo un auge destacado de 1994 a 2006, pues de ser 40% del empleo total de la industria manufacturera para 1994, hacia 2006 llegó a significar 92.6 por ciento (Huerta, 2009, p. 184).

A pesar de su dinamismo, el modelo maquilador no tiene la capacidad de arrastre de las demás ramas de la economía ni es generador de empleos calificados. Todo lo contrario: ha llevado al rompimiento de las cadenas productivas en México (sus insumos vienen en 97% del exterior), promueve la desindustrialización y favorece el desempleo de profesionistas, científicos y tecnólogos pues su dinamismo se sustenta en la producción y la exportación masiva de cierto tipo de manufacturas intensivas en mano de obra poco calificada hacia Estados Unidos (maquila de la industria textil y de

la confección, automotriz y de aparatos y componentes eléctricos y electrónicos).⁹

Este hecho se ha traducido en la expansión de la informalidad laboral, la cual ha crecido hasta representar cerca de 60% del empleo total del país a fines de 2013, mientras 2 millones 732 mil personas se encuentran en el desempleo y más de 4 millones está subocupada o con empleo de tiempo parcial, según datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), (INEGI, cuarto trimestre de 2013).¹⁰ Además, 62% de la población ocupada trabaja en actividades terciarias, esto es, en comercio, turismo y restaurantes, el sector de la banca, comunicaciones y transportes, servicios sociales y comunales, donde dijimos, el trabajo es informal en 95%. Aun así, la propaganda oficial se vanagloria de que sea el turismo “la industria que ocupa a más jóvenes”.

Asimismo, ante la incapacidad de la economía de generar empleos formales, se da una tendencia al incremento de la población ocupada en micronegocios (una a cinco personas) como estrategia de supervivencia de la población: de 1987 a 2014, la población ocupada en todo tipo de “changarros” (sin prestaciones) se incrementó de 39% a 47.3 por ciento (Aguilar, Barrios y Mariña, 2004).¹¹

La creciente especialización de México en procesos productivos intensivos en mano de obra no calificada (maquila y servicios), provoca el estancamiento de las demás ramas de la economía, el desmantelamiento del sector público, la escasa creación de empleos profesionales y el bajo crecimiento de la economía, que de 1982 a 2013 ha crecido tan sólo 2.3% promedio anual, mientras

⁹ Desde finales de los ochenta se registra la introducción de maquinaria computarizada, con mayor participación de técnicos y profesionistas, en lo que se conoce como las maquilas de tercera generación (Morales, 2013, p. 90).

¹⁰ El empleo informal abarca no sólo el que está ocupado en empresas o actividades informales, sino también incluye a los trabajadores que estando en una empresa formal carecen de seguridad social. Ver www.inegi.org.mx/

¹¹ El dato de 2014 corresponde a la ENOE del segundo trimestre de 2014.

que durante el modelo de industrialización, esto es, de 1940 a 1970, la economía creció en términos reales, 6.4% anual (Guillén, 2001, p. 20). De esta manera, los profesionistas se han insertado cada vez más en el sector servicios (64%), mientras que pierden plazas en la industria (donde se encuentra 8% de los profesionistas). Además, el mercado de profesionistas muestra una tendencia creciente a la subocupación profesional: “cuatro de cada 10 profesionistas se mantienen en esta condición laboral de inseguridad y probable fuente de frustración” (Campos, Martínez y Sánchez, 2013, p. 174).

Estos cambios en un modelo de desarrollo que hoy se orienta al abastecimiento del mercado externo, se han traducido en desempleo y subempleo que afectan de manera creciente a los jóvenes de todo el país, aunque con marcadas disparidades regionales que se reflejan en singulares contrastes sociales. Especialmente este fenómeno está afectando a las mujeres y a las regiones caracterizadas por su perfil urbano-industrial (capital, Golfo Norte y norte), lo que significa que el desempleo abierto es un fenómeno principalmente urbano (Hernández y Llamas, 2006, p. 265).

En cuanto a la edad, los grupos más jóvenes presentan los mayores niveles de desempleo y las tasas más elevadas de desocupación. La ENOE da cuenta de que, de 2 millones 732 mil 601 desocupados registrados en el cuarto trimestre de 2013, más de 38% correspondía a jóvenes entre 14 y 24 años y 43.5% a los de 25 a 44 años. Esto es, 82% del total de desempleados tiene entre 14 y 44 años de edad (véase tabla 2).

Tabla 2. Población desocupada por grupos de edad, 2013

	Total	Porcentajes
Población desocupada	2 732 601	100.0
De 14 a 24 años	1 055 125	38.6
De 25 a 44 años	1 188 998	43.5

Fuente: INEGI. Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), cuarto trimestre de 2013.

En tanto que la tasa de desocupación juvenil –que mide el porcentaje de jóvenes que se encuentra sin empleo–, es de 8.4%, casi el doble de la tasa en el nivel nacional (4.9%), siendo mayor la proporción de desocupados entre los más jóvenes (INEGI-STPS. Primer trimestre de 2014), (véase tabla 3).

Tabla 3. Tasas de desocupación, 2014

Edades	Porcentaje
Nivel nacional	4.9
De 15 a 19 años	9.8
De 20 a 24 años	9.2
De 25 a 29 años	6.8

Fuente: INEGI-STPS. ENO, primer trimestre de 2014.

Del mismo modo se aprecian crecientes problemas de ocupación entre las personas con estudios de nivel medio superior y superior. Entre 1992 y 2003, el segmento de desocupados con educación media superior y superior pasó de 31% a 49% (Aguilar, Barrios y Mariña, 2004, p. 115). El descenso de esta proporción para los últimos años (37.5% para el último trimestre de 2013, véase tabla 4), se debe a que los jóvenes con estudios superiores aceptan cada vez más empleos que exigen menos calificaciones y en situaciones de subocupación o emigran, principalmente a Estados Unidos. La llamada “fuga de cerebros” es un fenómeno en ascenso: en 2006, casi la cuarta parte de los migrantes hispanos o latinos en Estados Unidos cuenta con estudios de licenciatura, maestría o doctorado (24.3%) o medio superior (27%), (Aragonés, 2009).¹² De toda la población latinoamericana calificada que emigra a Estados Unidos, México aporta 27%. Del total de los trabajadores mexicanos que cuentan

¹² Datos correspondientes a la tabla “Población migrante según nivel de estudios y característica racial, 2006, E. U.”, de la conferencia *Economía del conocimiento y Estados Unidos como principal receptor de migrantes*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Económicas, 2009..

con algún grado de nivel superior, 17% ya vive en algún país de la OCDE. La tendencia ascendente de la migración calificada es en el nivel mundial. El migrante calificado es el que cuenta con estudios de tercer nivel (13 años o más), o es profesionista graduado, con diploma de licenciatura, maestría o doctorado (Lozano, 2009).

De cualquier manera, los datos de la ENOE para 2013 demuestran que el desempleo afecta más a los que más preparación tienen. Según vemos en la siguiente tabla, 37.5% de los desocupados tiene estudios de nivel medio superior y superior; en tanto que los que tienen más bajo nivel de escolaridad (primaria incompleta), son los menos afectados por la desocupación: 7%. Lo mismo pasa con el segmento de subocupados, de los cuales casi 60% tiene secundaria completa, educación media superior o superior. Si sumamos los desocupados y los subocupados que tienen estudios arriba de la formación media superior (2 millones 36 mil 636), resulta que cerca de 30% de los jóvenes con más estudios de este país están en la precariedad (véase tabla 4). Este problema se presenta con una relativa homogeneidad regional en este sentido, pero se incrementa en las zonas urbanas.

Tabla 4. Población desocupada y subocupada por nivel de instrucción. Totales y distribución porcentual

	Población desocupada	%	Población subocupada	%
Total	2 732 601	100.0	4 210 326	100.0
Primaria incompleta	198 797	7.2	743 725	17.6
Primaria completa	462 163	17.0	1 006 992	23.9
Secundaria completa	1 045 998	38.2	1 446 937	34.3
Medio superior y superior	1 025 376	37.5	1 011 260	24.0

Fuente: Elaboración propia con base en el INEGI. Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), cuarto trimestre de 2013.

El actual panorama muestra que los que están en el desempleo abierto o subempleados no son los que carecen de instrucción, sino

los que cuentan con más niveles de escolarización. Si hay una mayor incidencia de subocupados con estudios arriba de la educación media superior, se debe a que cada vez más los jóvenes universitarios se tienen que conformar con empleos de tiempo parcial pues la presión del desempleo de profesionistas los obliga a aceptar trabajos tan o más precarios que los de los jóvenes sin este nivel de estudios (Suárez, 2005).

Por consecuencia, “el modelo económico mantiene en permanente rezago la generación de empleos profesionales... muchos jóvenes al concluir sus estudios de nivel superior no logran insertarse en los circuitos del servicio profesional, la innovación o la creación de conocimiento, sino que caen en las redes de la economía ilegal o la migración” (Nieto, 2012, p. 9).

Con la aprobación de la reforma laboral por el senado el 13 de noviembre de 2012, se legalizan la precarización y flexibilización del mercado de trabajo, por lo que los jóvenes que inician su vida laboral con un título profesional ya tienen más certeza de lo que les espera: precarización y subocupación. Ante el horror de este panorama, se preguntan: ¿para esto me quebré la cabeza?

Desempleo profesional y precariedad de los jóvenes universitarios

El desempleo y subempleo están afectando de manera creciente a todos los jóvenes universitarios del país, pero especialmente a las mujeres. Las mujeres profesionistas tienden a ocupar empleos precarios en mayor proporción que los hombres: 42% de las jóvenes profesionistas tienen ingresos que no pasan los tres salarios mínimos, en tanto que para los hombres esta proporción es de 34% (Suárez, 2005, p. 33). Esto habla de que las condiciones de desigualdad que prevalecen en la sociedad mexicana en el nivel de género se reproducen en el mercado laboral, aunque las mujeres hayan alcanzado altos niveles de escolarización, incluso mayores a los de

los hombres. La mayor inserción de las mujeres en el mercado de trabajo –otro fenómeno reciente al que se le conoce como feminización del empleo– se explica por la flexibilidad laboral que incorpora más mano de obra femenina por ser tradicionalmente más flexible y barata, y porque el trabajo de maquila y en los servicios así lo demanda.

En el México de las reformas estructurales, el destino laboral de los jóvenes profesionistas –hombres y mujeres– tiende a ser el de la precariedad, la desigualdad, la subvaloración profesional, la marginalidad y la incertidumbre. Cada vez más en nuestro país se desconoce el valor de la educación superior y el mercado profesional se concentra en unas cuantas carreras profesionales que, sin embargo, no son las más asociadas a la modernidad (diseño textil, contaduría, leyes, turismo, mercadotecnia). ¿A qué se debe? A la modalidad de nuestro desarrollo económico que se alejó de las actividades intensivas en capital que demandan más mano de obra especializada y de alto nivel, para concentrarse en los mercados de trabajo subprofesionales y técnicos o de muy baja calificación.

En efecto, a pesar de la reducción del crecimiento relativo de la población de jóvenes profesionistas, la tendencia a una creciente desocupación o subocupación de los egresados de educación superior se mantiene. No es sino hasta la década de los sesenta, cuando el sistema productivo nacional pudo absorber a los egresados de las instituciones de educación superior. Según datos de Muñoz Izquierdo:

... entre 1950 y 1960, la relación entre el número de empleos de nivel profesional y el de quienes egresaron de las instituciones de enseñanza superior (IES) era de 1.4; lo que significa que durante esos años existía más de un puesto de trabajo de ese nivel para cada egresado de las IES (2001, p. 164).

A partir de la década de los ochenta, esa relación se invierte pues son casi cuatro (3.73) los egresados de educación superior los que tienen que competir por un solo puesto de trabajo de nivel profesional.

La tabla 5 nos muestra el desequilibrio que se va gestando para los profesionistas en el mercado laboral debido a que se crean muy pocas plazas para los egresados universitarios. Gerardo Nieto (del cual obtuvimos la información para esta tabla estadística), nos dice que no hay datos disponibles para las décadas 1990-2000 y 2000-2010, pero que la tendencia deficitaria de ocupaciones para profesionistas se mantiene respecto del número de egresados universitarios. De tal suerte que “el desequilibrio entre oferta y demanda de egresados con estudios universitarios es el principal mecanismo de contención de los salarios” (2012, p. 9).

Tabla 5. Relación entre empleos profesionales y egresados de educación superior. México: 1950-1990

Periodo	No. de empleos profesionales (1)	No. de egresados de nivel superior (2)	(2)
1950-1960	70 000	50 000	1.4
1960-1970	100 000	120 000	0.8
1970-1980	270 000	452 257	0.6
1980-1990	311 452 (a) 434 834 (b)	1 162 352	0.26 0.37

Incluye profesionistas, artistas y funcionarios públicos; (b) Incluye, además, directores generales, directores de área, profesores de secundaria y catedráticos universitarios.

Fuente: tabla elaborada con base en Gerardo Nieto (2012, p. 9).

La subocupación y el desempleo en los mercados profesionales es un mecanismo que conduce a la compactación salarial hacia la baja. En un estudio reciente sobre los mercados profesionales en el sureste de México, se detectó que casi la mitad de los profesionistas entrevistados ganan menos de 7 mil pesos al mes, y sólo dos de cada 10 ganan más de 15 mil pesos (Campos, Martínez y Sánchez, 2013, p. 178). El desempleo y la precarización laboral han alcanzado a los jóvenes profesionistas, cuando aún en la década de los setenta del siglo XX, tener educación era garantía de movilidad social y de

aseguramiento de una posición de alta jerarquía en el mercado de trabajo y en la estructura de la sociedad.

A pesar de las tendencias al desempleo de los jóvenes universitarios, en México se ha incrementado el nivel de escolaridad de los jóvenes de 25 a 29 años, de los que 24.4% cuenta con estudios superiores (licenciatura, maestría y doctorado), según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2011). El 72% de los jóvenes de 15 a 29 años que se encuentra trabajando declara que sus actividades no están relacionadas con los estudios que cursaron o están cursando. Sin embargo, los jóvenes le siguen dando importancia a la formación escolar y a la experiencia como formas de acceder a un empleo (INEGI, 2011).

Con todo, hoy los jóvenes universitarios muestran no sólo desencanto a continuar estudiando una carrera profesional, sino una profunda incertidumbre y escasas expectativas de encontrar un empleo digno y acorde con su formación. Ante esto, los jóvenes de hoy se preguntan ¿vale la pena tener educación superior?

CONCLUSIONES

El derecho de los jóvenes al trabajo está siendo vulnerado en México como en el resto del mundo. En ello juegan un rol determinante las políticas de reforma estructural impulsadas desde la crisis de 1982 en nuestro país, las que han ido desmantelando este derecho humano al favorecer la inserción de nuestro país al proceso globalizador como economía maquiladora y proveedora de mano de obra barata, joven y flexible. La formación de un mercado de trabajo flexible en el nivel global, no es más que una nueva escalada del capital contra el trabajo que está afectando de manera creciente a millones de jóvenes que intentan incorporarse al mundo del trabajo.

La creciente desocupación o subocupación de los jóvenes egresados de educación superior en México es resultado de una política deliberada para acotar el mercado laboral profesional y ofrecer

trabajadores precarios a los grandes capitales de la globalización. Son las necesidades de los mercados globales las que configuran el actual modelo de desarrollo y la precarización laboral, y no al revés; no es la pobreza de la sociedad y el bajo perfil de nuestros jóvenes profesionistas los que determinan nuestra modalidad de inserción en la globalización.

A México le conviene que los jóvenes tengan educación superior, que los que lo deseen y tengan aptitudes, alcancen formaciones altamente calificadas, como profesionistas, humanistas, artistas, científicos y tecnólogos. Pero nos beneficia más que puedan insertarse en una economía y una sociedad que los requiera y los retribuya adecuadamente. Esto es, que tengan empleos dignos y afines a sus perfiles profesionales. Por eso es urgente un nuevo modelo de desarrollo orientado a la creación de más y mejores empleos, basado en el mercado interno y no exclusivamente el externo, que impulse el desarrollo científico y tecnológico y la educación superior como único modo de acceder a la democracia, la igualdad de oportunidades para todos los jóvenes, así como a un desarrollo redistributivo de la riqueza. Un modelo que ubique a la juventud en el centro de sus estrategias de desarrollo y de proyecto de sociedad. Un modelo incluyente, no excluyente y descalificador. Por ello, repudiamos los gobiernos y las reformas estructurales del neoliberalismo que han institucionalizado un ambiente de inseguridad social, de miedo y de violencia, que se ensaña especialmente con los jóvenes estudiantes.

REFERENCIAS

- Aguilar, L., Barrios, M. A. y Mariña, A. (2004). El ejército industrial de reserva en México en el contexto del imperialismo contemporáneo. En A. Solís de Alba, M. Ortega, A. Mariña y N. Torres (coords.), *Imperialismo, crisis de las instituciones y resistencia social*. México: Ítaca.
- Aragonés, A. (7 de noviembre de 2009). Conferencia *Economía del conocimiento y Estados Unidos como principal receptor de migrantes*. México: Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

- Arancibia, J. (2013). Formas de existencia del trabajo y la seguridad social en América Latina: caminos opuestos. En G. Roldán (coord.), *La globalización del subdesarrollo en el mundo del trabajo*. México: IIEC-UNAM.
- Banco Mundial (1996). *Informe sobre el desarrollo mundial, 1996. De la planificación centralizada a la economía de mercado*. Washington, DC, USA.
- Beverly, C. (agosto de 2002). Educación y mercado de trabajo en América Latina frente a la globalización. *Revista de la CEPAL*, 77, 125-141.
- Bourdieu, P. (marzo de 1998). La esencia del neoliberalismo. *Le Monde Diplomatique*.
- Campos, G., Martínez, M. E. y Sánchez, G. (2013). Las profesiones en la crisis: el caso del mercado en el sureste mexicano. En A. Álvarez y G. Sánchez (coords.), *La crisis mundial y sus efectos en México*. México: Ítaca-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Casáis, E. (2013). Mercados laborales, neoliberalismo y globalización: los casos de Estados Unidos, Alemania y España. En G. Roldán (coord.), *La globalización del subdesarrollo en el mundo del trabajo*. México: UNAM-IIEC.
- Castells, M. (2008). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. I, II y III. México: Siglo XXI.
- Dieterich, H. (2004). Globalización, educación y democracia en América Latina. En N. Chomsky y H. Dieterich, *La sociedad global. Educación, mercado y democracia*. México: Joaquín Mortiz.
- Expansión (2013). Recuperado de www.expansion.com/2013/11/29/economia, el 29 de marzo de 2014.
- Forrester, V. (1997). *El horror económico*. México: FCE.
- Garavito, R. (noviembre de 2007). Flexibilización y precariedad de la fuerza de trabajo en México. *Segundo Seminario de Economía del Trabajo y de la Tecnología. La flexibilidad laboral y tecnológica: situación actual y perspectivas*. México: UNAM-IIEC, 13-15 de noviembre, CD ISBN 978-970-32-4559-8.
- Garavito, R. (2006). ¿Fin del trabajo o crecimiento de la sobrepoblación relativa? *Primer Seminario de Economía del Trabajo y de la Tecnología. La flexibilidad laboral y tecnológica: situación actual y perspectivas*. México: UNAM-I mimeo.
- Guillén, A. (2007a). *Mito y realidad de la globalización neoliberal*. México: Porrúa-UAM.
- Guillén, A. (2007b). Efectos de la globalización en el empleo: el caso de México. En *Economía y sociedad en América Latina: entre la globalización, la regionalización y el cambio estructural*. México: Porrúa-UAM.
- Guillén, A. (2001). *México hacia el siglo XXI: crisis y modelo económico alternativo*. México: Plaza y Valdés-UAM.
- Gutiérrez, A. (2006). *La empresa transnacional en la reestructuración del capital, la producción y el trabajo*. México: UNAM/IIEC/FE/Juan Pablos.

- Hernández, A. (2012). La globalización económica y sus implicaciones en el mundo del trabajo. En A. Bouzas (coord.), *Trabajar ¿para qué? Reflexiones de lo global a lo local*. México: IIEC-UNAM.
- Hernández, E. y Llamas, I. (2006). *Mercado laboral y capacitación. Un análisis regional para México*. México: UAM-Iztapalapa.
- Hernández, C. (2011). ¿Es la educación superior una mercancía? La globalización y su dinámica privatizadora. En G. Olivier (coord.), *Privatización, cambios y resistencias en la educación*. México: UPN.
- Huerta, A. (2009). *Hacia el colapso de la economía mexicana. Diagnóstico, pronóstico y alternativas*. México: UNAM.
- Ibarra, M. (junio de 2006). Los procesos de flexibilidad laboral en América Latina: experiencias y resultados. *Comercio Exterior*, 56(6), 458-467.
- INEGI (2013). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE)*, cuarto trimestre. Recuperado de www.inegi.org.mx/, el 8 de enero de 2014.
- INEGI-STPS (2014). ENOE, Primer trimestre. Consulta interactiva de datos.
- INEGI (30 de noviembre de 2000). *Encuesta Nacional de la Juventud 2000. Comunicado de Prensa*. México.
- INEGI (marzo de 2011). *Informativo Oportuno, Conociendo... nos Todos*, 1(1), 29.
- Jornada, La. Salario mínimo en México, uno de los peores en América Latina: Cepal. *La Jornada*. Recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2014/08/0/sal>, el 5 de agosto de 2014.
- Katz, C. (2013). *Dualidades de América Latina I. Economía y clases*. Mimeo, 25 de enero.
- Lozano, F. (28 de noviembre de 2009). *Conferencia Tendencias mundiales de la migración calificada: inserción laboral de los migrantes mexicanos en Estados Unidos*. México: Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.
- Márquez, A. (25 de julio de 2013). *Jóvenes: de la escuela al trabajo*. México: IISUES-UNAM.
- Morales, J. (2013). Maquila, reestructuración industrial y trabajo. En G. Roldán (coord.), *La globalización del subdesarrollo en el mundo del trabajo*. México: UNAM-IIEC.
- Muñoz, C. (2001). Implicaciones de la escolaridad en la calidad del empleo. En E. Pieck (coord.), *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*. México: IMJ-UIA-OIT-Conalep-UNICEF.
- Nieto, G. (12 de noviembre de 2012). Crisis estructural y desempleo profesional en México. En J. Bouzas (coord.), *Trabajo y tecnología: cambios estructurales de economía abierta. VII Seminario de Economía del Trabajo y la Tecnología*. México: IIEC-UNAM.
- OCDE (2013). *Panorama de la educación 2013: Indicadores de la OCDE*. OCDE (2013). Recuperado de www.oecd.org/edu/Panorama, el 3 de mayo de 2014.

- OIT (2013). *Tendencias mundiales del empleo juvenil 2013*. OIT. Recuperado de http://ilo.org/wcm5p5/groups/public/-dgreports/---dcomm/documents/publication/wcms_212725.pdf, el 18 de julio de 2013.
- Olave, P. (2013). Flexibilidad y precariedad laboral en Chile. En G. Roldán (coord.), *La globalización del subdesarrollo en el mundo del trabajo*. México: UNAM- IIEC.
- País, El (23 de enero de 2014). *Encuesta de Población Activa (EPA) del cuarto trimestre de 2013*.
- Rifkin, J. (2004). Tiempo libre para disfrutarlo o hacer filas de desempleados. En L. J. Álvarez (coord.), *Un mundo sin trabajo*. México: Driada.
- Saxe-Fernández, J. (2001). Introducción. Globalización, regionalización y crisis capitalista. En J. Saxe-Fernández, J. Petras, H. Veltmeyer y O. Núñez. *Globalización, imperialismo y clase social*. Argentina: Lumen.
- Suárez, M. (2005). *Jóvenes mexicanos en la "feria" del mercado de trabajo. Conveniencias e inconveniencias de tener educación superior*. México: UNAM-Porrúa.
- Zedillo, E. (6 de mayo de 2014). Reformas de Peña, "ni en mis sueños más salvajes": Zedillo. Recuperado de <http://pueblaonline.com.mx/portal/movil/index.php/nacion/item/5874-reformas-de-pena-ni-en-mis-suenos-mas-salvajes-zedillo#.U-JUzcyI7IU&panel1-1>, el 6 de mayo de 2014.